

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 54.—1.º de Junio de 1872.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

LA CARIDAD EN LA GUERRA.

En medio del dolor que nos causa la lucha empeñada mas hace de un mes, es no pequeño consuelo el ver que, lejos de tener el carácter cruel frecuente en las guerras civiles, es tan humana como pueden serlo los hombres cuando recurren á la fuerza. En la guerra de los siete años y en esas mismas provincias Vascongadas, que era donde peleaba un ejército regular, compuesto en su mayoría de hombres honrados, no habia cuartel, y fue necesario que viniese un extranjero á negociar un tratado que llevó su nombre, para que dejara de asesinarsé á los prisioneros. Decimos asesinar, porque matar á un hombre inerme que es honrado, que puede serlo al menos, si por las leyes de la guerra es cosa permitida, ante la ley moral es cosa abominable. Hoy, ¿quién ha pensado siquiera en fusilar los prisioneros? Los voluntarios que cogieron hace dos años al jefe carlista Polo, y los que ahora han cogido al general Viñalet y al comandante Navarrete, ¿no han pedido gracia para ellos? ¡Qué progreso en nuestra moralidad, y qué consuelo para nuestro corazon! Pero este consuelo es todavía mayor si, apartando la vista de los prisioneros, la volvemos á los heridos: si vemos á los de Oroquieta, conducidos los menos graves primero, sin distincion de amigos ó enemigos, por las ambulancias del ejército, y los de mas gravedad despues por las ambulancias de la Asociacion de Navarra, llevados con maternales cuidados, sin mas defensa ni salvo-conducto que la bandera blanca con cruz roja, en hombros de doscientos hombres que se relevaban, agasajados durante la marcha, y recibidos en Pamplona como en triunfo; si vemos en Oñate organizarse á la voz del dolor la Asociacion caritativa, enarbolar nuestra santa bandera, no necesitar mas proteccion que ella para recoger los heridos, llevarlos á la poblacion, y conducirse de tal modo aquellos volun-

tarios de la caridad, que en medio de tantas voces discordes ha llegado la de su bendita hazaña hasta el Gobierno, que los ha dado las gracias; si vemos al general Serrano mandar médico y auxilios á un jefe carlista que por la gravedad de sus heridas no puede ser trasladado del caserío donde está.

El tratado de Ginebra se ha infringido muchas veces en la guerra franco-prusiana por los que le conocian; en nuestras provincias se respeta por muchos que seguramente no habian oido hablar de él. ¡Oh! Enrique Durant, cuando tú escribias en las montañas de Suiza los artículos de ese Código santo, Dios los escribia en el corazón de los hijos de España; sábelo para consuelo, tú, cuyo nombre irá recibiendo las bendiciones de las edades segun vayan pasando: si en las esposiciones de la industria hemos sido los últimos, somos los primeros en tratar á los enemigos heridos como hermanos.

Concepcion Arenal.

Suscripcion á favor de los heridos.

Suma anterior.....	4.403
D. S. T. y M.....	20
D. ^a P. Z.....	20
	4.443
	4.443

Escritas las líneas que anteceden, recibimos el siguiente artículo de un amigo muy apreciado, y en posicion muy ventajosa para saber lo que hacen y están dispuestas á hacer las asociaciones que llevan á la guerra la caridad. Dice así.

«Para satisfaccion de nuestros lectores haremos una ligera reseña de lo que ha hecho la Asociacion de socorro á los heridos en la campaña y lucha civil.

Así que llegaron las primeras funestas noticias se reunió la Asamblea, y hubo quien propuso dirigir una alocucion al público y abrir una suscripcion; pero un vocal, persona competente en la materia, hizo presente que el ejército de operaciones cuenta con medios mas que suficientes para atender superabundantemente á las necesidades del servicio sanitario, no solo para él sino tambien para los heridos contrarios, y no convenia alarmar al público. En vista de esto, la Asamblea acordó limitar por ahora sus servicios á los que puedan prestar las comisiones de provincia en donde fuese necesaria su cooperacion, y estas han sido las de Navarra, San Sebas-

tian y Azcoitia, que han correspondido dignamente á las esperanzas de todos.

La de Navarra fue á buscar los heridos de Oroquieta, y despues de asistirlos allí unos dias, los trasladó con sumo cuidado á Pamplona, parte del camino á hombros, en lo que tuvo que emplear cerca de doscientos hombres y algunas caballerías, y parte en el ferro-carril. Al llegar á Udave les rogó se detuvieran D. Miguel Auza, antiguo capellan de Palacio, quien sirvió caldo á los heridos, y vino y refrescos á los demás. Otro tanto hicieron en Irurzun mientras preparaban los coches del ferro-carril.

La llegada á Pamplona fue en extremo conmovedora; gran parte de la poblacion bajó hasta la estacion del ferro-carril, donde esperaba la ambulancia, el resto de la Comision con sus brazales de la cruz roja, y los hermanos de la caridad sus asociados, y otros que se prestaban á llevar las camillas.

El público los aplaudia con emocion, silencio y respeto. Llegados á Pamplona dejaron los militares en el hospital militar, y los otros en el provincial. La Diputacion del reino y el Ayuntamiento han estado generosos y benévolos con la Comision de socorro á heridos.

La Comision de San Sebastian no ha tenido ocasion de emplearse, pero está dispuesta á ello.

La de Azcoitia se improvisó; y asistió á dos heridos.

En Oñate, cuando las desgracias del batallon de Mendigorria, el médico D. Romualdo Laez Quintanilla, el párroco cuyo nombre sentimos no saber y otros muchos vecinos, escitaron la caridad pública y recogieron los heridos, que en su mayor parte eran militares.

En Goñi, los primeros heridos fueron respetados por los carlistas, y uno carlista fue luego asistido por un médico militar, el Doctor Landa. En Durango, las piadosas mujeres y los hombres generosos, proveen instantáneamente de todo lo necesario el desmantelado hospital, donde entran los heridos de Mañaria. Los Duques de Granada y los Condes de Guaqui, dan orden á sus administradores para auxiliar á las comisiones de socorro.

De modo que el principio de caridad en la guerra, invocado ya hace años, repetido por nuestro periódico y por otros en toda Europa, ha penetrado hasta los solitarios valles de Navarra y de Guipúzcoa, donde está puesto en accion. Hemos leído con mucho gusto que el Sr. Duque de la Torre envió al jefe de los carlistas, Sr. Uribarri, un atento recado, un facultativo y una camilla para trasladarlo á sitio donde pudiera estar mas cómodamente asistido, asegurándole que no tenia nada que temer; pero la gravedad de su estado no permitió que saliera de la casa donde se hallaba.

Estos hechos y otros que se sabrán mas tarde, deben animarnos á sembrar las buenas ideas, pues aunque muchas semillas se pierdan algunas llegan á producir fruto. Sabemos, por ejemplo, que las Comisiones de distrito en Madrid se reorganizan y se preparan; que la seccion central de Señoras ha ofrecido á la Asamblea su cooperacion; que las señoras de la Coruña, por medio de su Presidenta la Excma. Sra. Condesa viuda de Espoz y Mina, han enviado una cantidad, y han ofrecido un cajon de hilas y trapos; y que las señoras de Navarra han sido generosas y activas.

Este conjunto de hechos consoladores, nos da ánimo para decir á nuestros compañeros de la obra humanitaria por excelencia: *¡Adelante, amigos! ¡Se hallan en el camino algunas dificultades, pero se avanza!*

EN NOMBRE DE LOS POBRES Y DE LOS HERIDOS, A.....

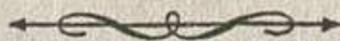
D.^a C. E. de R. El vestido tan bueno, que ha servido para una novia: los trapos, la mayor parte daba lástima hacerlos hilas, y se han convertido en camisitas; y que todo ello se le convierta á usted en los bienes que le deseamos.

D.^a B. S. Muchas gracias por los trapos; son muy buenos para hilas.

D.^a E. G. D. Recibida la limosna de la buena hija, hecha en memoria de la llorada madre. Por ella pedirán á Dios los favorecidos con el donativo, que no es insignificante como Vd. dice, sino de mucha utilidad para nuestro taller, sin contar las piezas que no han tenido que entrar en él. Que el recuerdo de las buenas obras le sirva á Vd. de compañía en su soledad, como lo desea nuestra gratitud.

La Sra. Mejicana que ha enviado tantas y tan primorosas hilas, la espresion de nuestro agradecimiento. Además de que dispuestas así, son mas cómodas para la cura y ahorran un tiempo precioso. ¿Cómo no pensar, al verlas, que con las manos que con tal primor preparan los remedios, debe haber un hermoso corazon que siente los dolores?

CONFIDENCIAS DE UN PRESO.



Carta séptima y última.

Hermano mio: Hé aquí mi última carta, y en ella mi última relacion con los hombres honrados como tú.

Oculto el punto en que te escribo por precaucion, pues ya no

soy un presidario; soy algo peor que esto; soy un fugitivo desertor de presidio.

No esperarías tú ciertamente una carta semejante en contestación á la tuya última, que me participaba el fallecimiento de nuestro padre. Llegó esa triste noticia en momentos desesperados para mí, y yo no sé explicarte el verdadero efecto que me produjo. Pena tuve. ¡Cómo no tenerla á no ser peor que una fiera! Pero vi también roto por esa muerte uno de los pocos lazos que me unían á la sociedad buena, y no sé qué vislumbre de salvaje satisfacción se mezcló á mi dolor, al pensar que mi padre ha fallecido sin ver á su hijo convertido en bandolero.

Ya te dije que creía no poder resistir diez y siete años de presidio. Cuando prácticamente vi lo que era el presidio, me afirmé más en esa creencia y solo pensé en la fuga. Un bárbaro *cabo* me cobró aversión, no sé por qué, y me apaleaba por cualquier cosa. Hace algunos días, especialmente, me destrozó por achacarme un pequeño robo que yo en verdad no había cometido. Loco de rabia y de indignación, tuve tentaciones de matarle y no pude; pero aquel suceso me arraigó la idea de que era inútil ser bueno, puesto que como malo se me trataba siempre. Comprendí, pues, que siguiendo así, moriría en el presidio ó en el patíbulo y preferí correr la eventualidad de perecer arrojándome por un muro elevado. Salí con fortuna de este lance peligroso y huí al monte.

No sé qué será de mí; no tengo dinero con que mantenerme, ni te lo pido; no puedo por lo tanto emigrar; y puesto que la fatalidad me arroja á la vida de salteador de caminos, lo seré implacable por necesidad de vivir y por odio al género humano.

A ti únicamente exceptúo de ese odio y de ti se despide para siempre tu hermano, *Julian*.

Aquí termina la correspondencia de este infeliz. Su fin fue tan desastroso como era de esperar. Hecho foragido y jefe de una pequeña partida de ladrones, robó, secuestró y asesinó, recorriendo toda la escala progresiva del crimen. Llegó á tener una triste celebridad y á ser el terror de una comarca andaluza. Las autoridades y la Guardia civil hicieron esfuerzos grandes para capturarlo y lo consiguieron al fin por delación de un compañero suyo. Estaba oculto en un escondrijo de cierta casa, y al verse cogido se mató con su propia arma.

Reflexionemos ahora un momento sobre la vida y la muerte de ese desdichado. Sus cartas son la fotografía moral de su alma.

¿Qué era en la primera al entrar en la cárcel? Un jóven honrado, creyente y de rectos sentimientos, aunque violento en sus pasiones. Un arrebató de cólera le habia cegado y hecho homicida sin hacerle malvado.

¿Qué era en la última carta al fugarse del presidio? Un hombre endurecido ya, aleccionado para el crimen, destituido de todo sentimiento bueno y religioso, y desembarazado de todo freno moral; un jefe desapiadado de ladrones.

¿Y qué produjo este cambio? ¿Dónde se operó? Se operó en la cárcel y en el presidio. En ambos encierros no halló ni un solo estímulo para el bien, para la resignacion y para la reforma de sus fogosas pasiones.

En los primeros dias de su detencion, cuando su alma no estaba pervertida ni sofocados sus buenos instintos; cuando su edad y su propio temperamento vehemente se prestaban á recibir con provecho toda clase de influencias, nadie se ocupó de procurarle las buenas, y las malas se le ofrecian espontáneamente en todo cuanto le rodeaba. No tuvo mas que compañeros corrompidos; no oyó voz alguna religiosa y consoladora que sostuviese su fe y dulcificase su pena; no vió á su alrededor, ni orden que le impresionase, ni disciplina que le contuviese, ni silencio que le llevase á reflexionar, ni estímulo alguno moralizador.

Solo vió escuelas de vicio, que le sedujeron y le hicieron vicioso; maestros del crimen, que le enseñaron con fruto y le hicieron discípulo aprovechado. La cárcel le pervirtió; la conduccion al presidio le despojó del último resto de vergüenza; el presidio le acabó de corromper.

Si se leen con detencion sus cartas, se observará este triste progreso del mal. Ellas nos ponen de manifiesto, con su lenguaje sencillo pero elocuente, la trasformacion que se fue operando en el alma del infeliz Julian.

Por lo mismo que no era un malvado, pudo corregírsele mas fácilmente de sus violentas pasiones, inspirándole saludable arrepentimiento, hábitos de trabajo é ideas morales. Pudo suavizarse su pena y hacerle bueno hasta por egoismo de serlo, infundiéndole esperanzas consoladoras para esta vida, fundadas en la posibilidad de un indulto ó de una rebaja; y confianzas mas seguras para la vida eterna, fundadas en la misericordia de Dios, ante cuya justicia el presidiario es lo mismo que el hombre irrepreensible, si el primero se regenera por el arrepentimiento y la expiacion.

Pudo en fin volver á la sociedad como miembro útil de ella, y morir en familia como mueren los hombres honrados. En vez de

esto, volvió á la vida libre para ser el azote de sus hermanos y para morir blasfemando y acorralado como una fiera rabiosa.

Esta horrible diferencia entre lo que fué y lo que pudo ser dependió tan solo del lamentable y abusivo sistema de reclusion penal que halló establecido y que tan fatalmente influyó sobre todos sus sentimientos.

Lo que sucedió con Julian ha sucedido y sucederá con otros muchos. La sociedad y los Gobiernos lo contemplan impasibles ó aplican á los defectos de ese sistema remedios mezquinos é impotentes.

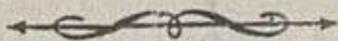
Mejorar el ramo de establecimientos penales se mira como otra cualquier mejora de la Administracion pública, que es útil pero no indispensable, y de la cual se prèscinde cuando hay escasez de recursos en la Hacienda y plétora de política en legisladores y gobernantes.

¡Error lamentable! No se trata de mejoras útiles, sino de reformas indispensables para la vida social. Por desatenderlas, se paga tal error con lágrimas y con sangre, porque solo lágrimas y sangre ha de producir ese plantel fecundo de criminales, que se fomenta imprudentemente en nuestras cárceles.

Nunca es tarde para el bien. Los abusos inveterados no deben hacer desconfiar del remedio, sino estimular mas á todos para plantearlo. Lo pedimos á cuantos puedan contribuir á ello, en nombre de la sociedad amenazada, y tambien en nombre de la caridad, porque si es obra de misericordia la correccion al que yerra y el consuelo al que sufre, sobre nadie puede ejercerse mejor esa buena obra que sobre los reclusos en cárceles y presidios.

Antonio Guerola.

LA CUESTION SOCIAL.



CARTAS Á UN OBRERO.

Carta veinticinco.

Apreciable Juan: Una vez persuadidos de que la igualdad absoluta es imposible, veamos hasta dónde conviene que llegue la desigualdad. ¿Quién debe limitarla? ¿Quién debe decirle: Hasta aquí eres necesaria, hasta aquí útil, y mas allá perjudicial?

¿Quién? LA JUSTICIA. Esto es evidente; nadie en razon puede pro-

testar contra el mandato de semejante autoridad. Pero ¿qué es la justicia? ¿Es alguna verdad demostrada en todas las esferas y admitida por todos los hombres? Esta palabra ¿significa para todos la misma cosa? Tan lejos de ser así, partiendo de lo que cada uno llama justicia, se ven los procedimientos mas desacordes, y para llegar á ella se toman los caminos mas diferentes, y á veces los mas opuestos. En nombre de la justicia tienen los hombres disputas y controversias; en nombre de la justicia sostienen las mas contradictorias proposiciones; en nombre de la justicia se vejan, se persiguen, se combaten, se inmolan. Si no se hiciera en el mundo mas mal que el que se hace con mala voluntad, todos los problemas sociales se simplificaban; pero lo que los complica y hace muchas veces insolubles, es el mal que se hace con sana intencion y tranquilidad de conciencia.

Ya comprendes desde luego la gran dificultad: en que los límites de la igualdad deben estar marcados por la justicia, todos estarán conformes, pero en lo que es justicia, lo estan pocos.

Voy á citarte otra vez á Proudhon; para ti debe ser la mayor autoridad, y para mí, aunque es el adversario mas poderoso, es el que prefiero, y con el que me entiendo mejor, porque quien se eleva tanto y tanto profundiza, es imposible que no penetre en la esencia de las cosas, y queriendo ó sin quererlo, no la ponga de manifiesto. Escúchale á propósito de la retribucion equitativa del trabajo.

«Pues bien, digo *que nada es mas facil que arreglar estas cuentas,*
»equilibrar todos estos valores, hacer justicia á todas estas desigual-
»dades.

.....
.....
»Mas para que esta liquidacion se verifique, se necesita, lo re-
»pito, *el concurso de la buena fe, y de la apreciacion de los trabajos,*
»servicios y productos; se necesita que la sociedad trabajadora llegue
»á este grado de *moralidad industrial y económica, que todos se some-*
»tan á la justicia que se les haga, sin pretensiones de vanidad perso-
»nal, sin consideracion á títulos, rango, preeminencias, distincio-
»nes honoríficas, celebridad, en una palabra, VALOR DE OPINION. LA
»UTILIDAD SOLA DEL PRODUCTO, LA CALIDAD, EL TRABAJO Y LOS GASTOS
»QUE CUESTA, DEBEN ENTRAR AQUI EN CUENTA.»

Ya lo ves, para llegar, no á la igualdad económica ó de fortunas, pero á limitar la desigualdad debidamente, se necesita:

Concurso de buena fe.

Apreciacion de trabajos y servicios.

Moralidad.

Sumision á la justicia.

Ausencia de vanidad.

Utilidad del producto, trabajo y capital que cuesta como únicos datos para tasarle.

Suprimir todo valor que dependa de la opinion.

Es decir: se necesita una revolucion radical, un cambio completo, imposible en gran parte, en el hombre interior, en el ciudadano, en la sociedad entera.

Y siendo así, ¿no parece delirio ó burla decir, como lo hace Proudhon, *que nada es mas fácil que arreglar estas cuentas?*

Aunque todos se sometan á la justicia *que se les haga*, ¿quién hace esta justicia? ¿Quién dice lo que es *justo* que ganes tú haciendo zapatos y yo haciendo versos? No puede ser mas que la *opinion*; esa opinion que se quiere suprimir, y que es sin embargo la que da y quita valor á las cosas, y las califica de injustas ó de equitativas, de útiles ó de perjudiciales, de supérfluas ó de necesarias. El déspota, el tirano, la disposicion arbitraria, la ley injusta, la organizacion política y económica, ¿no son el resultado de la opinion? A ella se dirigen el charlatan y el filósofo; y si el primero halla mas eco que el segundo; si los apóstoles de la verdad estan en la miseria, y los que halagan los errores, los vicios y las pasiones, viven holgadamente ó nadan en la opulencia, ¿de qué es esto efecto, sino de la moral depravada y de la opinion errónea?

Como poderoso componente de la opinion que tasa la obra del trabajador, entra el *gusto*, esta cosa tan vaga, tan fuerte, tan caprichosa, tan avasalladora, tan flexible cuando es insinuacion que pretende apoderarse del ánimo, y tan inflexible cuando es ley.

Un hombre hambriento, prefiere un cigarro á un pedazo de pan; una mujer, una cinta al necesario abrigo.

Un escrito entretenido, obsceno, apasionado, se vende; un escrito grave, útil, filosófico, no halla compradores.

El local en que se ofrece diversion, se llena pagando cara la entrada; aquel en que se ofrece instruccion sólida gratis, está casi vacío.

Se dan cantidades fabulosas por un diamante; parece caro un instrumento ó un medio de perfeccion moral ó intelectual.

Hay mucho cuidado en saber cuál es la última moda frívola; no importa ignorar cuál es el último descubrimiento útil.

Se paga bien al torero y á la bailarina; el pensador sufre en la pobreza, y mas, cuanto es mas profundo.

La conciencia pública no protesta de que se gasten millones en adornar un paseo, y se arriesgue la vida de muchos hombres, que

mas de una vez perecen en la lancha de un práctico, por no gastar algunos miles de reales en un bote salva-vidas.

Saca pingües utilidades el que tiene una casa de juego; quien abre la suya para una obra altamente beneficiosa, no debe esperar retribucion alguna.

Se echan grandes sumas á la lotería; una empresa humanitaria, con dificultad halla medios de realizarse.

Con paralelos análogos podria llenarse un tomo, donde verias mas por estenso qué de cosas perjudiciales *se pagan bien porque gustan*, y qué de cosas útiles, *porque no gustan*, no se quieren pagar ni bien ni mal, y cómo el gusto caprichoso, extravagante, pervertido, depravado, contribuye á formar esa opinion errónea, que en la esfera económica lo mismo que en la política, dicta fallos contra la ley y leyes contra la justicia.

Al comprar, todos tenemos mas ó menos espíritu de egoismo y de sinrazon. Queremos comprar lo mas barato posible, sin considerar que no pagamos el trabajo de la cosa comprada: nos aprovechamos de una baratura fabulosa, sin reflexionar que significa la explotacion de miserables criaturas, mujeres, niños, hombres, que dan su trabajo por un salario que no les basta para vivir: este es nuestro egoismo. Queremos comprar, no las cosas que son mas útiles, sino aquellas que nos agradan mas, porque satisfacen caprichos, gustos ó pasiones: de un dia á otro, un objeto ha perdido la mitad de su valor, ó lo ha perdido todo, porque ya no es de moda: esta es nuestra sinrazon.

Todos estos egoismos y todas estas sinrazones, salen al mercado con los productos de la agricultura, de la industria, del comercio, de las artes, de las ciencias, y hacen subir el precio de los diamantes y de las cintas, y bajar el del trigo y de los libros. Tú clamarás contra lo reducido de tu jornal, mientras se enriquece el que vende *revalenta arábiga*; yo de no hallar compradores para mis libros, cuando halla tantos el *aceite de bellotas*: podremos no tener razon, pero en caso que la tengamos, y que la tengan tantos otros como están en nuestro caso, ¿te parece que podrá remediarse el mal por medio de una ley y de una organizacion *R ó H*, como dicen los socialistas? Es lo mismo que si dijeras que puede decretarse la cordura, el buen sentido y la virtud. Antes y despues del decreto, se venderán mas fácilmente los billetes de la lotería que los tratados científicos, y se pagará mejor á los toreros y á las modistas francesas, que á los albañiles y á los filósofos. ¿Cómo quieres tener tasaciones equitativas del valor de las cosas, con tasadores tan insensatos como el capricho, el vicio, la codicia, la vanidad y la pasion?

Ya lo ves; para que tu trabajo, el mio, el de todos los que trabajan se pague segun merece, es preciso SABER LA JUSTICIA Y QUERER HACERLA, cosas entrambas harto difíciles, y de que estamos muy lejos. Sin traer la opinion á lo que es razonable, no pueden tener las cosas el valor que es justo.

La justicia, Juan, es una cosa que se siente, pero que no se ha definido bien, que yo sepa. *Dar á cada uno lo suyo* se ha dicho; pero ¿cuál es *lo suyo* de cada uno? Esta es la cuestion no resuelta. Proudhon escribe sobre la justicia una voluminosa obra, y da por su fórmula práctica está máxima del Evangelio:

Haz á otro lo que quisieras que él te hiciera á ti.

No hagas á otro lo que no quisieras que él te hiciera.

Esto es caridad, pero está tan lejos de ser justicia, que puede volverse contra ella.

Un malvado acaba de cometer un asesinato: yo puedo y debo entregarle á la accion de los tribunales, esto es lo que manda la justicia; pero si hago con él como yo querria que en igual caso hiciera él conmigo, puesto que lo que yo desearia era no ser perseguido, le suelto, cosa injusta con evidencia.

Tú haces una mesa; si yo te la pago como en tu lugar quisiera que me la pagases, te daré por ella mas de lo que vale, porque en tu lugar desearia sacar lo mas posible de mi trabajo, ya porque así me conviene, ya porque es natural que cada uno dé al suyo mas importancia y valor del que tiene realmente.

Resulta, pues, que tenemos sentimiento de justicia, nociones de justicia, principios de justicia, reglas de justicia; pero una fórmula superior de justicia, que comprenda todas las acciones y sea admitida por todos los hombres, creo que no la tenemos: y cuando te dicen que pidas justicia, como pudieran decirte que pidieses una taza de café ó un vaso de vino, de buena fe tal vez, te dan por sencillo y resuelto un problema complicadísimo, y acaso por resolver en el punto que se trata.

Los hombres, cuando están de acuerdo sobre lo que es justo, hacen una ley que lo declara obligatorio; pero además de que la ley se cumple mal cuando es contraria á la opinion de una minoría numerosa, la justicia solo depende de la ley en una mínima parte: la opinion, la conciencia, la instruccion y la moralidad, el saber y el querer practicar el bien, tienen mayor esfera de accion fuera de la ley que dentro de ella. Un hombre puede ser perverso sin que la ley pueda castigarle; y de estas perversidades que podríamos llamar extra-legales, se forma la inmoralidad pública, y por consiguiente la pública corrupcion y la pública desgracia. Lo difícil, lo importan-

te, lo esencial, es arreglar las relaciones de los hombres de modo que sean conformes á la justicia, allí donde la ley no llega ni puede llegar á imponerla. Pero volvemos á preguntar: ¿Qué es la justicia?

Tal vez podríamos decir, que *Justicia en el orden jurídico es la realización del derecho, en el orden moral el cumplimiento de los mandatos de la conciencia, y que se reconoce en todas las esferas porque es esencialmente buena, y en ningun caso puede hacer al hombre duro para con sus semejantes.*

La definicion podrá ser mas ó menos exacta: no tengo la pretension de no equivocarme en cosa que se han equivocado otros que sabian y valian mas que yo; pero lo que sí te aseguro con íntimo convencimiento, es que en todo lo que hay daño para la humanidad, perjuicio verdadero, hay injusticia.

Siendo esto así, la igualdad será justa en tanto que contribuya al bien de los hombres, que los haga mas probos, mas humanos, mas virtuosos, mas ilustrados, mas perfectos, en fin; y será injusta, cuando los pervierta y rebaje.

Será injusta cuando sea absoluta, porque reducirá la sociedad al estado salvaje.

La desigualdad absoluta está en el mismo caso, porque si no se puede prescindir de las diferencias de los hombres, hay tambien que tener en cuenta sus semejanzas, y aquellos derechos idénticos que deben respetarse en todos. Los pueblos que los desconocen ó los atropellan con la esclavitud, las castas ó las aristocracias avasalladoras, se corrompen, decaen, perecen. Los que en estas condiciones viven largo tiempo y prosperan, es porque encierran en su seno una masa numerosa de individuos cuya justa igualdad se respeta, y que tienen bastante poder de vida para contrarestar el germen de muerte que la desigualdad injusta lleva consigo.

Yo concibo las desigualdades sociales como los accidentes del terreno; bueno y necesario es que haya montes, colinas y valles, pero no quisiera abismos de donde no puede salirse, ni montañas donde el aire no es respirable.

Que haya sabios, bien está; pero que no haya ignorantes de lo que todo hombre debe saber, de lo que es esencial que sepa, de su deber y de su derecho.

Que el artista ó el hombre de ciencia, el industrial, el comerciante, el bracero, se distingan y diferencien segun su mérito; pero que sean iguales en su dignidad de hombres, y que esos derechos iguales que tienen ya ante la ley, los tengan ante la opinion y el respeto público. Se ha andado bastante, pero falta aún mucho que andar en esta

cuestion del respeto á la dignidad humana, cuestion gravísima, porque no hay cosa mas injusta y cruel que el desprecio.

Ya te he dicho que la esfera de la justicia es mucho mas estensa que la de la ley. Ante la ley, el pobre ignorante es igual al rico ilustrado; está bien: esto es algo, es mucho, pero no es bastante, ya porque la ley se torcerá en favor de quien es mas considerado por la opinion, ya porque la ley no tiene que intervenir sino excepcionalmente en las relaciones de los hombres, y cuando aparecen entre ellos tales diferencias esenciales que se miran como séres de distinta naturaleza; entonces se aman menos, se compadecen menos, se hacen menos justicia, y el desprecio por una parte, el despecho por otra, el odio y la injusticia por entrambas, dan por resultado la perversion y la desdicha de todos.

El traje puede ser modesto ó lujoso; que esté aseado es lo esencial para que no se convierta en obstáculo razonable á la aproximacion de las personas de diferente clase; la blusa del obrero, si está limpia, y el uniforme del Capitan General pueden estar en el mismo banco; lo que retrae de dar la mano al obrero, no es que está callosa, sino que está sucia. No hace falta que el obrero sea un sábio para que alternen con el los hombres de ciencia, y bajo pie de igualdad, en las cosas esenciales que conciernen á su dignidad de hombre, y en la inmensa esfera que abarca el mundo moral. Idea del derecho, práctica de la justicia, decencia del lenguaje, compostura de ademanes, aseo en la persona, cierta cultura general, es lo que pueden tener todos los hombres, lo que creo que tendrán algun dia, y lo que basta para que alternen bajo el pie de perfecta igualdad, en cuanto son igualmente dignos, aunque su posicion social sea diferente.

Personas de toga ó de uniforme habrá que protesten contra esto, y no reconozcan la igualdad de la blusa limpia y del hombre digno que la lleva; pero esas personas, cuyo número será cada vez menor, dejarán de existir cuando su desden no tenga otro fundamento que su pueril vanidad. Lo que no se apoya en razon ninguna al fin viene al suelo.

Una vez reconocida la dignidad del hombre, y pasada de las leyes á las costumbres y á la opinion, la igualdad irá aproximándose á sus justos límites; el trabajo, hasta el mas material, se realzará al elevarse el trabajador; será mejor retribuido, porque la idea de lo que un hombre merece no puede separarse de aquella de lo que vale; y porque se comprenderá bien, que si toda labor no es igualmente meritoria, toda es necesaria, y ninguna debe reputarse vil.

La desigualdad va limitándose mucho; es de desear que se limi-

te mas; pero esto no se conseguirá con vociferarla en los motines, ni aun con escribirla en las leyes, sino disminuyendo la diferencia real y positiva que existe entre los hombres. Trabajemos todos para aproximarlos; trabaja tú el primero; levanta, Juan, cuanto puedas tu nivel moral é intelectual; procura que tu hijo sepa y quiera ser justo y digno, y en la medida posible y necesaria, ilustrado, porque no puede realizarse el derecho á la igualdad entre hombres esencialmente desiguales.

Concepcion Arenal.

LA CARIDAD EN ACCION.

Mal oficio y buena alma. Por razones que se comprenderán fácilmente despues de leer estas líneas, suprimimos los nombres del lugar en que acaeció el suceso que vamos á referir, y de las personas que en él tomaron parte.

Hay en España una comarca, que por lo accidentado de su terreno, por ser fronteriza, y por otras circunstancias, ha sido un depósito de contrabando, á que se dedicaban sus hijos mas robustos y resueltos; el atractivo de la vida aventurera tanto como el de la ganancia, los lanzaba por un camino en que habia lucro, azares, impresiones variadas, fatigas y goces, triunfos y peligros. Estos no eran tantos como debian temer los que viven en hostilidad con la ley, porque el pais era amigo, cada habitante un cómplice, y la organizacion del contrabando era tan fuerte, venia de tan antiguo, que puede decirse que formaba parte de las tradiciones de aquella tierra y de sus derechos, el que el Resguardo no la visitase, ó lo hiciera por cumplir solo y muy de pasada. No faltaban historias de escarmientos terribles cuando los carabineros habian querido cumplir con su deber, y los hechos verdaderos ó falsos se trasmitian de generacion en generacion, para contener á unos y enardecer á otros.

Trabajaban los contrabandistas, ya aisladamente, ya en grupos, segun las circunstancias; no tenian gefes de derecho, pero lo era de hecho el mas resuelto é inteligente, cuando habia algun gran peligro que conjurar, ó alguna aventurada operacion que llevar á cabo. En la época á que nos referimos, era reconocido como el primero para llevar á buen término una arriesgada empresa, X., mozo apuesto y fornido; de viva imaginacion y brazo de hierro; pródigo de su dinero y de su vida; no muy cuidadoso de la de los otros ni de su hacienda; mas amigo de llevar á cabo una empresa porque la habia

empezado, que por lo que pudiera valer; haciendo propia la causa de cualquiera que le pedia auxilio, sin reparar si era buena ó mala; y empleando en burlar la ley una buena razon natural, y alguna instruccion que en su primera juventud habia recibido. Si se añade un corazon naturalmente compasivo, en medio de una vida tan propia para endurecerle, se comprenderá el mucho aprecio que de X. se hacia en el pais, y la gran popularidad de que gozaba. Al decir de los viejos, era lástima que no hubiera nacido en mejores tiempos. Aquellos, en efecto, no eran los mas propicios; por un conjunto de circunstancias, la comarca habia dejado de ser un sagrado; los carabineros habian perdido el respeto que, segun decian, les inspiraba en otro tiempo; y para colmo de males, la Guardia Civil tampoco la respetaba, y la persecucion de los contrabandistas era tan activa, que andaban uno á uno para poderse esquivar mejor.

X. caminaba una tarde solo, montado en su incansable jaca, con su trabuco al lado y un fardo á la grupa. Iba perseguido de cerca, y tanto que su vista perspicaz distinguia claramente los tricornios de los Guardias. Las lluvias habian sido tan extraordinarias en los dias anteriores, que los caminos estaban intransitables; los puentes, no muy firmes, caian ó vacilaban; y los rios se salian de madre, haciendo grandes destrozos y algunas víctimas. Aunque seguido de cerca, X. tenia seguridad de escapar; la poca delantera que llevaba, el conocimiento que tenia del terreno y la resistencia de su cabalgadura, le pondrian pronto fuera del alcance de sus perseguidores.

De repente se para, mira fijamente al rio que corre muy cerca de la vereda por donde camina, y toma la actitud de un hombre que vacila. En medio del rio hay una isleta, y en ella un hombre y una mujer que piden auxilio con voz que cubre el ruido de la corriente, y con ademanes que dan á entender su angustia. Las aguas han invadido aquel pequeño espacio de tierra, donde creian los tristes hallar salvacion, suben de tal modo, que apenas se puede resistir ya su ímpetu, y siguen subiendo, y amenazan con una muerte segura, si no llega pronto y eficaz auxilio.

X. ve aquel atribulado grupo, él es nadador: su corazon le dice: Salva á aquellos infelices; y no obstante, se para como hemos dicho. Su ánimo resuelto cree poder triunfar de la furiosa corriente, pero la Guardia Civil está cerca, le esperará á la orilla, y una vez reducido á prision, sabe que son muy largas las cuentas que tiene que ajustar con el juzgado y con la Hacienda, y ve en perspectiva muchos años de presidio: por eso se para; por eso duda; por eso vacila. Al fin mete espuelas á su caballo, corre hácia el rio, deja en su orilla armas, fardo, y cuanto puede pesarle, y se lanza á la cor-

riente, que su jaca rompe con vigor. Llega á donde están los desdichados que quiere salvar; era tiempo, porque á tardar algunos minutos mas, su sacrificio hubiera sido inútil. Coloca al hombre á caballo recomendándole que se agarre bien al cuello del dócil animal, á cuya brida asegura un cordel que ata á su cintura; toma á la mujer sobre sus espaldas, y vuelve á vacilar un momento; la corriente del otro lado de la isleta es mucho mas impetuosa, pero en aquella orilla no hay quien le espere para prenderle....., otra vez se olvida de sí mismo; nada hácia el lado en que hay menos peligro para los que protege, y un mal cierto para él. Amo y caballo luchan vigorosamente con la corriente, que los desvia un tanto de su direccion, pero no los arrastra, y á los pocos minutos, los que iban á perecer en el rio están salvos en la orilla.

La Guardia Civil los esperaba, y X., en la imposibilidad de hacer resistencia, se da á prision, diciendo:

—Al fin habeis cogido á X., el famoso contrabandista, y con bien poco trabajo, añadió, con una sonrisa entre melancólica y amarga.

—Aquí no hay ningun contrabandista, dijo el cabo de la Guardia Civil, arrojando al rio el fardo y el tabuco de X., hay dos personas que iban á perecer, y un hombre que las ha salvado.

X. sintió que sus ojos se humedecian, pero dominando su emocion dijo:

—Te espones mucho.

—Y tú ¿no te has espuesto tambien?

—Piensa que las leyes de la milicia son duras.

—Lo sé, pero el hijo de mi madre no lleva preso á un hombre que ha hecho lo que tú acabas de hacer.

El contrabandista montó á caballo y continuó su camino sin ser inquietado; la Guardia Civil dió parte del hecho, y cuando se quiso averiguar quién habia sido el generoso salvador de aquellos dos infelices, jamás pudo averiguarse su calidad ni su nombre.

X. modificó la opinion que tenia de los Guardias, estos la que habian formado de los contrabandistas, y alguno que los oia relatar el suceso, les dijo: La consecuencia que de aquí se saca es, que los hombres no deben aborrecerse ni despreciarse porque pertenezcan á una ú otra clase; en todas puede haber y hay nobles y elevados sentimientos, y la prueba es, que en una ocupacion tan mala se conserva un corazon tan bueno.